LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELÉGRAFO„

Drama de ensueño

ESCENA UNICA

Habitación á gusto de quien le-
ro. Marta, preludia mecánica-
nte en el piano, una sonata de
thoven, evocadora y melancóli-
. El Poeta, apoyados los codos en
de los extremos del clave, la
ra, absorto en su contemplación,
ientras Estrella no separa de él
mirada mortecina como luz que
extingue. Muere el crepúsculo
spertino, y misteriosas sombras
an por la estancia. Los ojos de
rta fulgen trágicos en la penum-
a sobre el brillo frío y óseo del
go teclado. El vago rumor que
de la calle populosa, es cual
coro de pasiones dormidas que
mpañase con sus cadencias, las
ltísimas de la sonata.)

Poeta.—Deja de tocar, Marta....
a otra cosa...

Estrella.—Sí; esa música es de-
siado triste.

Marta.—(En tono delator de gran
ferencia). Se acabó, pues, la
sica. Ya está cerrado el piano.

Est.—(Repitiendo la frase maqui-
lmente). Ya está cerrado.

Poe.—Han quedado prisioneras
das las notas tristes.

Est.—Y todas las alegres también.

Mar.—¡Ea! No decir tonterías.
á está de nuevo abierto... ¡Qué
burrimiento!... Contadme algo.
liérenos tú que eres poeta, al-
na conseja que nos distraiga.

Poe.—¿Quieres que te cuente una
storia?

Mar.—Sí, sí, cualquier cosa para
sar el tiempo.

Poe.—Me alegro; porque hace
ucho tiempo sé una que desearía
ese de tu gusto.

Mar.—Procura no contar una
iste, cual esas que compones.
referiría un cuento de hadas ó una
yenda de princesas rubias.

Est.— (Tristemente). Bueno me
oy.

Poe.—¿No quieres oir la narra-
ión?

Est.—¡Oh, sí! Pero como le di-
te á Marta: "te contaré".

Poe.—Debí decir "os contaré".
dispensa.

Mar.—¡Tonta!

(Estrella aproxima su silla, co-
cándola detrás de Marta, que si-
ue sentada ante el piano. El poeta,
straído en la contemplación de
arta no se fija en la que es obje-
o por parte de Estrella.)

Mar.—Principie la historia.

Poe.—Es además de historia un je-
rafico: Se trata de averiguar el
mbre de la protagonista.

Mar.—Lo principal es que sea en-
retenida. Empieza.

Est.—Sí, comienza ya. (Pequeña
ausa).

Poe.—Le daré principio como á
os cuentos de los niños: Erase que
e era...

Mar.—(Con acento de burla). ¿Un
y que tenía tres hijas?...

Poe.—No. Erase un poeta...

Est.—¡Si será bonita!

Mar.—¡Calla!

Poe.—...Un poeta que soñaba, y
o con cuadrigas de corzas blancos,
i con castillos encantados, ni con
alcázares, ni con laureles, ni con
iquezas... Erase un poeta que so-
ñaba con una mujer.

Est.—¡Qué interesante!

Poe.—(Siempre dirigiéndose á
Marta)... Y era la eterna imagen
de su sueño, una mujer de her-
mosura única: Tenía azules los o-
jos, áureo el cabello, sensual y e-
nigmática la boca, marmórea la tez,
el cuerpo... que se parecía á tí...

(Estrella tose. Su tos, cual un
quejido que complementase las dos
lágrimas desprendidas de sus ojos
negros y ensoñadores, circundados
de ojeras siniestras, tiene que las-
timarle el pecho; áspera, seca, re-
suena en la habitación lúgubre-
mente. Las sombras van siendo más
densas cada vez).

Poe.—Aquella mujer era para el
artista, lo que en el sistema de Co-
pérnico es el sol; alrededor de ella,
giraban ambiciones y anhelos. Los
cantos que habían de hacerle famo-
so, los que habían de legar su nom-
bre á la posteridad, estaban ador-
mecidos en su espíritu, esperando
á que ella los animase con una so-
la mirada de amor. Al mágico in-
flujo de su cariño, habíanse las zo-
zobras de trocar en felicidades. E-
lla tenía en sus ojos el secreto de
su destino y la luz que había de
ser faro en el camino de la gloria.
Ella era la musa del poeta.

(Marta se ha quedado completa-
mente impóvil. ¿Atiende? El poe-
ta lo cree así, y hace más insinuan-
te el tono de su narración. La res-
piración de Estrella es fatigosa, ca-
si un hipo, cual si pugnara por con-
tener el llanto).

Poe.—...Y aunque él no se atreve
á decirle nada por el temor de ha-
llarla esquiva ó ignorante, su mi-
rada ritmaba al encontrarse con la
suya, los más apasionados cantos
de amor. Decía tan pronto idealis-
mos dulces y humildes, como irre-
sistibles deseos; platonismo de so-
ñador y procacidades de rufián
de los que no habría derecho á que-
jarse. Y él entretanto sufría, y
gozaba y reía y estaba enfermo con
aquel amor á un tiempo bendecido
y maldito, y fatalmente seguía el
camino de su luz; la de aquellos o-
jos que él veía á todas horas, hasta
en los eternales insomios de sus
noches, fuera de las cuencas, pren-
didos en los jirones de la sombra,
mirando de fijo, hipnótico, pro-
duciendole una extraña y vo-
luptuosa sensación que le ca-
lofriaba desde la epidermis hasta
más adentro de los huesos... ¿Acaso
sentía ella amor ó piedad de él?
Era imposible averiguarlo. En la
mirada acerada y fría de sus ojos
azules, había un enigma trágico y
cruel, tan indescifrable como el
que se ocultaba tras de la línea su-
prema y cabalística de sus delgados
labios eróticos...

...¿Y sabes de quién son todos
esos encantos? ¿Sabes cuál es esa
luz que busca el poeta?... ¡Pero!

(Marta se ha quedado dormita-
da. Sus ojos se han cerrado, tal vez
para aprisionar tras de los párpa-
dos la visión de algún ensueño le-
jano y oculto. El poeta, despechado,
deja oir un grito, una imprecación.
Su luz se ha extinguido. Estrella
se levanta nerviosamente; pero cae
rendida por un acceso de tos, que
en vano pretende ahogar con el
pañuelo teñido con la espuma san-
guinolenta, heraldo de su enferme-
dad terrible. Marta, despierta so-
bresaltada.)

Mar.—...¿Qué?...

Poe.—¡Marta!... ¿No... te ha
gustado?...

Mar.—¡Oh!... Sí, sí... ¡¡Estre-
lla!!

(Estrella ha caído pesadamente.
Su cuerpo rígido ha gravitado so-
bre las teclas, y un torrente de no-
tas desarmónicas, ha salido atro-
pellándose del clave. La alfombra
alba, comienza á teñirse de púrpu-
ra en el sitio donde descansa la
cabeza de Estrella.)

Mar.—¡¡Dios mío!!... (Al poe-
ta). ¡Ayúdame!... ...¿Qué te pasa?
¿Estás loca?... ¡Dios mío, Dios
mío!

(El poeta rompe á reir nervio-
samente en carcajadas, cada vez
más histéricas. El cuerpo de la
caída, se agita, mártir de una vio-
lenta convulsión. Marta no sabe có-
mo compartir sus cuidados, y al
fin los dedica por completo á Es-
trella. La luna, que ha logrado de-
sasirse del cortejo de nubes que la
perseguía y ocultaba, alumbra pá-
lidamente la escena y se rie, se ríe
con una cara que al poeta antója-
sele parecida á la cara de el Pró-
logo.)

Alfonso HERNANDEZ CATA.

RECUERDO

Habló de dolor
la tarde moribunda, en los confines
desperezaron su canción de amor
los tziganos violines.

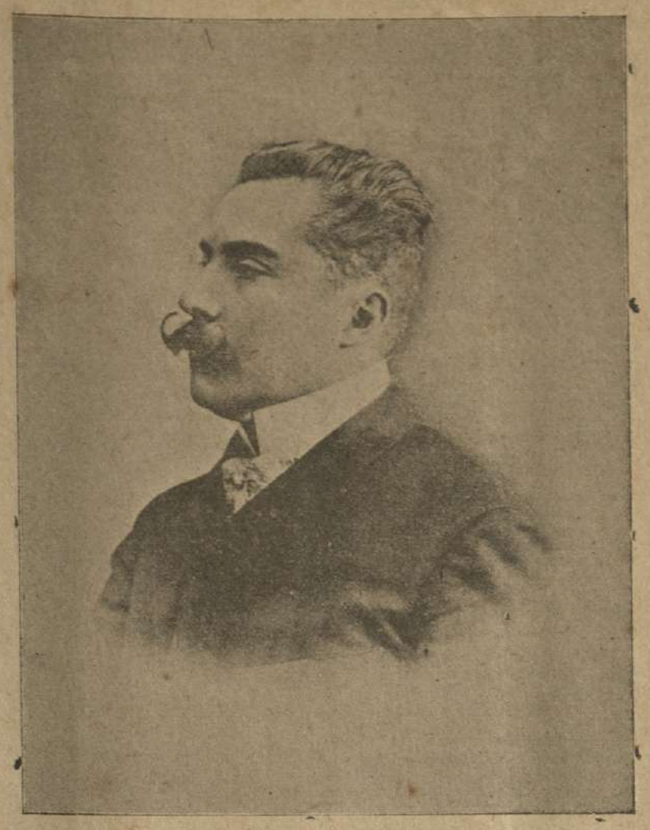
Tu viniste
por la senda amarilla del paseo;
tu dulce mirar triste
levantó un misterioso clamoreo....
A lo lejos
lloraron los arpegios de un piano;
y hacía llorar una ignorada mano
mil motivos viejos.

Tu rostro pensativo
palideció de amor y de ventura;
y llegó hasta mi mente el sensitivo
rozar de tus mejillas de blancura
inviolada....
Tú estabas dormecida
y el cruel engaño de mi amor panida
te dejó desmayada.

ISIDRO del CAMPO DROUET.

Guayaquil—MCMXV.

Poetas Peruanos



JOSE SANTOS CHOCANO

EL AMOR MUDO

Esto de los amores imposibles, me viene,
como una infausta herencia, de mis antepasados.
El árbol de mi heroica genealogía tiene
de Gonzalo de Córdoba el gran nombre: soldados
mandar supo en cien guerras, mas rindióse á una dama.
¡Ay! mujer, ¡tu no sabes cómo se abre un abismo
para el que ama y no puede ni decir á quién ama!....
De Gonzalo de Córdoba el mayor heroísmo,
fué el amar á su Reina, consumirse en tal flama,
y callar sus amores, y vencerse á sí mismo....

Tal Cupido, de lejos, me regala una flecha,
que á mí viene de súbito á clavarse derecha;
y después, esa mano, que la flecha me lanza,
en clausura la boca con el índice toca,
y me ordena silencio ¡Si tuviese esperanza
de que tú con la tuya me sellaras la boca!

Ya lo ves: en silencio te amo, te amo y me hundo
en mis propios amores como bajo de un peso.
Y callándome, á solas, voy así por el mundo;
mas si acaso te miro, con los ojos te beso.
Esto sí que se impone sobre mí, bien amada.
Callar puede la boca, pero no la mirada.
Si mis ojos te ofenden, con tus ojos de fuego
debes tú deslumbrarlos; que sería piadoso
que este amor, ya que es mudo, se volviese al fin ciego:
el silencio es martirio, la tiniebla es reposo....

JOSE SANTOS CHOCANO.

LA CORTE DEL KAISER

GERALDINE FARRAR

FRITZI MASSARY

Dos Estrellas

Los alemanes adoran á estas dos estrellas que iluminan el cielo del arte berlinés. Una, Geraldine Farrar, triunfa en los imperiales teatros. La otra Fritzi Massary, enloquece al público que asiste á los teatros alegres. Y los retratos de ambas llenan los escaparates, y sus nombres aparecen siempre unidos, aunque las dos célebres estrellas cultivan opuesto género artístico.

Son los ídolos del público berlinés, que en estas cosas de teatro no resulta patriotero. Ninguna de las dos estrellas es alemana. Geraldine Farrar es yanqui, una deliciosa **Gibson Girl**, un tipo de mujer de Boston ó Chicago. Fritzi Massary es vienesa, una **Fraulein** pizpireta y alegre, escapada un día de las tortuosas encrucijadas del Graben.

Y, no obstante, los berlineses tienen artistas de grandes méritos que se destacan poderosamente en la tragedia, en la ópera, en el **vaudeville** y en el cuplé. ¿Por qué no distinguen á ninguna de ellas con el favor que dispensan á estas dos extranjeras? Es un misterio.....

...

Geraldine Farrar arraigó en Berlín porque se supo que el Kronprinz, entonces soltero, bebía los vientos por la gentil americana... la verdad es que la hermosa artista no hacía palidecer la fama de la Patti y de la Melba en punto á órgano vocal; pero cuando se asomaba al balcón de Palacio en el acto segundo de **Lohengrin** y la luz de la luna bañaba su figura espléndida, todo la era perdonado.... ¡Hasta los gallos!

Y sin la intervención de la diplomacia, sin dar el menor trabajo á las respectivas cancillerías, la inteligencia "germano-yanqui" quedó establecida un buen día de primavera. La **belle de Nueva York** cobijóse amante bajo el casco que corona el águila de alas abiertas.

Después.... ¡Oh, después hubo casi una tragedia! El Kronprinz enamorose perdidamente de la cantatriz, y en la linda cabecita de la hermosa yanqui comenzaron á anidar sueños ambiciosos.... Ya se veía Princesa. Emperatriz, y los papeles de Reina que interpretaba en la Opera los vivía, prestándoles un fuego, una verdad que asombraban.... No.... Aquello no podía continuar.... Papá Kaiser se decidió á cortar los incendiarios amores, y al Kronprinz lo encerró en un cuartel, como á los niños desobedientes, y á la diva la expulsó del territorio alemán, cerrándola airado las puertas de los imperiales teatros.

Geraldine Farrar, viéndose desposeída, adoptó el severo continente de las reinas destronadas. ¿Qué era ella sino una reina despojada de su trono y su corona? Y primero vistió las tocas negras, que tan maravillosamente sentaban á su belleza morena, y después cuando se convenció de que con el sentimentalismo no conseguía nada, rompió airada las partituras alemanas, y se fué á París á cantar en la Opera Cómica el **Hamlet y El clown**. Antes de debutar juró solemnemente no pisar más la tierra alemana y olvidar la lengua infame, en la que tantos juramentos la hiciera un príncipe desleal y desamorado.

¿Lo cumplió? Ya la veis de nuevo en Berlín, triunfando otra vez en aquellos escenarios que tantos recuerdos tienen para ella. Y el público la ha perdonado también, y la recibe como á la artista pródiga que abjura de **Hamlet** y de Thomas para arrojarse en brazos de **Lohengrin**.

...

Fritzi Massary, en cambio, no tiene tan accidentada vida artística, ni se sabe q' haya subyugado á ningún príncipe. Surgió un día de repente cantando cuplés atrevidos; los compositores la hicieron repertorio; los empresarios se la disputaron, y el alegre pájaro vienés hizo definitivamente su nido en la Corte del Kaiser.

¿Canta? Todo lo mal que puede ....¿Recita? Como Dios la da á entender.... Pero tiene gracia, una gracia original, rarísima, y en cuanto ella aparece en escena, el público, sin saber por qué, aplaude.... No es bonita, aunque el conjunto de su rostro es agradable; no viste bien, aunque la totalidad de la figura resulta elegante; no es alta, ni baja, ni morena, ni rubia, ni gorda, ni delgada.... Es una mujer original, que canta canciones atrevidas, dándolas una gracia personalísima, y exhibe las pantorrillas más bonitas de Berlín. ¡Oh, esto es indudable! Cuando un cuplé no gusta, Fritzi enseña la liga al final.... y el cuplé se repite.

El público que asiste al Metropol va á verla á ella nada más y llena el teatro un año y otro año, y en aquella escena no se concibe que pueda presentarse otra artista que no sea la endiablada y alegre Fritzi. El teatro es ella.

...

Estas son las dos estrellas que reinan en Berlín. Una es triste, lánguida y sentimental; otra es gozosa, alborotadora y nerviosa. Y el mismo público que aplaude á Geraldine primero, aclama á Fritzi después ....Y aplaude convencido y emocionado á Elsa, y al salir se va al Metropol á escuchar á **Frou-Frou** la última canción, y la grita "¡Bravo!" con la boca llena de salchicha...

José Juan CADENAS.

La civilización de la raza negra

En Europa supónese que América está llena de negros. Es un error. Poco á poco, está raza se extingue. Con la lentitud de los recios estragos, la negra raza de los hijos del sol camina hacia la muerte. Es triste. Es lamentable... Es lamentable y triste contemplar el ocaso de esta raza de hierro y de estoicismo; de lucha y de martirio, que sin otro delito que el color de su piel y sin otro crimen que su mansedumbre, ha servido de escarnio ,de escabel y de alfombra á otra raza más sagaz y más débil... La vida con su laboriosa marcha de siglos, lleva á la disolución casi absoluta á estas oscuras muchedumbres etiópicas, de contextura pétrea, que surgieron del fondo de la tierra africana para llenar el mundo de vasallos. ¡Salvaje ironía de la naturaleza! Vigorosos vasallos en cuyas espaldas de azabache la ferocidad del hombre blanco halló un placer bestial hincando el taco como sello de triunfo. Y esta raza proscrita que vive solitaria dentro de su nostalgia y que expía el pecado de su negra epidermis; esta raza dolorida y valiente que los caucásicos miran con un gesto que produce ardores de viril latigazo; esta raza puede reinvidicar orígenes ilustres. No digáis que no. Hojead los viejos libros. Y veréis... En la historia de los dioses fabulosos y héroes del gentilismo, campean gloriosamente los Pigmeos. Estirpe soñadora de negros montaraces. Saben cantos de amor. Y conocen antes que el ciego Sesostris, la ciencia del suicidio. Cuando cumplen 60 años se beben la sangre de sus propias venas. Y mueren... Después, irrumpen los Macrobitas, pueblo de invencibles guerreros... Y así las ramificaciones lujuriantes de "los hombres de la cara quemada" cruzan en todo sentido el bosque mitológico. En la prehistoria aparecen los Blemios, los Sembritas, los Nubios, los Trogloditas... Más tarde emergen del silencio, los reyes. Reyes desnudos y magníficos, cargados de fetiches. Después vienen otros reyes, cubiertos de púrpura sagrada, que como Shabaka y Taharka lucen coronas que irradian trágicos fulgores de olimpo. La Biblia nos presenta un négro rey mago: Baltasar, que con otros dos reyes blancos del Oriente lleva incienso, mirra y oro para el corderito de Belén... Posteriormente cruza por la historia romana una ráfaga de luz erótica. Es la vida de una bella reina etíope, famosa por sus labios. Sangrientos y carnudos labios que florecen en el ébano opaco de su rostro cual los labios de una herida reciente. Es una de las tres Candaces y paga tributo á Augusto. La mata un gladiador. ¿Por qué? Porque la quiere demasiado...

En seguida, sobre el olvido de la reina muerta, se alza la omnipotencia de otra reina adorable: Makeda. Su omnipotencia suena bajo las estrellas del Oriente con titubeos de palabras prohibidas. Sus deseos son otras tantas muertes. Las cantáridas vuelan sobre las motas de su testa febril como sacerdotisas de su religión. Reina de miel y hiel. Neurasténica reina que, rabiosa de celos, hace eunuco á un esclavo. Después lo martiriza con el fuego de sus besos. Más tarde lo asesina. Le arranca el corazón. Y, todavía, insaciable, toma en sus manos el humeante trofeo, que parece una enorme frutilla formidable. Lo toma en sus manos y llorando,—pero llorando mucho,—se lo lleva á los labios y lo devora crudo...

Luego pasa por la memoria, San Benito Labre. Es el santo más popular y más obscuro de nuestro calendario... Y saltando por encima de los siglos, vemos llegar al último "negus" de la árida Abisinia, de la antigua Etiopía. Y Menelik, seguido de ejércitos belicosos, se yergue en la penumbra con la altivez de un toro que amenaza con su testuz al mundo blanco. Y prueba que su pueblo no vive en la barbarie porque sabe triunfar... El alfabeto etíope es una de las reliquias de más alto precio que haya quedado de la antigüedad. El nos demuestra que hubo de existir allá fina cultura, de donde no es difícil que el Egipto tomara parte de su remota civilización. Junto á Menelik una desolada reina de piel negra, hace su aparición. Viene de Madagascar. Es Ranavalo. La reina sin trono. La reina sin cetro. La reina sin patria. Ranavalo es el símbolo de su propia raza. Fuerte al principio, cae después vencida... Hoy cubre sus negruras con elegancias parisinas. Vive en París, su cárcel. Sabe francés. Usa sombrilla. Medias caladas. Botas de charol... Y recita versos de Rollinat, sabe de memoria versos de Baudelaire. Entre tanto, la raza va perdiendo en la mezcla su color primitivo. Se hace gris. Se disuelve. Se aclara. El árbol africano está dando blancas flores caucásicas...

El Brasil, que aún siente el peso de su esclavitud manumitida, tiene todavía algunos pueblos negros. Norte América, mus. Roosevelt los ayuda. Los protege. Ha llevado á su mesa "coloured gentlemen" Y los abraza. "Son hombres como yo", dice. Y tiene razón. Relativamente en Buenos Aires quedan ya muy pocos, pero siempre bastantes como para dividirse en categorías. Plebeyos y aristócratas. Pero á nadie hacen daño. ¿Por qué, pues, desear que se acaben? Que prosperen. Que vivan... Si con el husmo axiliar capronizan el aire ,ellos no son culpables de los caprichos fisiológicos. Fué injusto Miguel Cané denación á muerte de la raza etió- cuando pidió irónicamente la con- pica basado en la creencia de que "el cráneo del negro es impenetrable á nuestras ideas, á nuestros hábitos de pensamiento y á nuestras tendencias sociales..." Que Cané se equivocaba nos lo prueba la gente de color de Buenos Aires que tiene un periódico literario, sociedades de beneficencia y salones aristocráticos, donde en vez del grotesco candombe ó de la zemba,—lasciva como muñeca de mono,—se danza en traje moderno á la manera de Luis XV...

...

Y tristemente, la reina Ranavalo, sin sucesión y sin trono, vuelve á nuestra memoria como el símbolo de su propia raza. Sol que se apaga...

J. J. de SOIZA-REILLY.

Mi canto

Yo sé de una calandria cancionera—Que en mi naranjo en flor, nido tenía;—Temiendo de un rapaz la mano artera—Con precauciones mil lo defendía.

Cuando el sol asomaba en el oriente—Con su canto de amor me despertaba.—Y cuando el sol dormía en su poniente—Un dulce—¡hasta mañana—me cantaba.

Yo conocí en sus notas sus amores,—Yo fuí la confidente de sus cuitas,—Yo le oculté del mundo los dolores—Temiendo herir sus ansias infinitas.

Mas una tarde fría y nebulosa—Que su prole esperábale aterida,—Retornó al nido, muda y pesarosa,—Mostrando con dolor un ala herida!

Contempló con tristeza sus hijitos.—De su nido de amor, brillantes galas.—Y para remontarse al infinito—Lloraba la impotencia de sus alas!

Pero orgullosa de su amor materno—Ocultando á su prole, pena tanta,—Nunca le dió á su vuelo adios eterno—Ni quiso enmudeciera su garganta!

Supo esconder esquiva su amargura—Y cuando intensa pena le oprimía,—Cantábale un adiós á su ventura—En notas desbordantes de armonía!

. . . . . .

. . . . . .

Yo, como la calandria, en mi confianza—Alcé el vuelo á regiones más ignotas,—Hoy, para remontarme á la esperanza—Contemplo con dolor mis alas rotas!

Pero canto siguiendo las lecciones—Que me ha dado la vida en sus agravios,—Por que quiero apagar con mis canciones—La queja que se escapa de mis labios.

Y como la calandria cancionera—Que canta siempre cuando muere el día—Yo cantaré cual ave prisionera—Para disimular la angustia mía!

Flor de nieve.

El alcázar de las perlas

(Fragmento).

¿Conoce alguien el amor?
El amor es sueño sin fin.
Es como un lánguido sopor
entre las flores de un jardín.
¿Conoce alguien el amor?
Es un anhelo misterioso,
que el labio hace suspirar;
torna al cobarde valeroso,
y al más valiente hace temblar.
Es un perfume embriagador,
que deja pálida la faz;
es la palmera de la paz
en los desiertos del dolor.
¿Conoce alguien el amor?
Es una senda florecida;
es un licor que hace olvidar
todas las glorias de la vida,
menos las glorias del amar.
Es paz en medio de la guerra.
Fundirse en uno, siendo dos:
la única dicha que en la tierra
á los creyentes manda Dios.
Quedarse inmóvil y cerrar
los ojos para mejor ver,
y bajo un beso adormecer
y bajo un beso despertar.
Es un fulgor que hace cegar,
es como un huerto todo en flor
que nos convida á reposar.
¿Conoce alguien el amor?

Francisco VILLAESPESA.

ORIENTAL

Rasgando el velo de penumbra fina
y al amparo de túnica escarlata
surgiste como amable danzarina
agitando tus crótalos de plata.

Y luego como loca serpentina
que se envolviera en una columnata
fingiste por movible y venusina
el ritmo de la Danza que arrebata.

Y cuando fatigada de la plástica
forma esfumóse tu silueta elástica
tras unos gobelinos que se alzaban,

evocando quedé ritos perversos,
mientras la myrra de su incienso daban
las lámparas votivas de mis versos.

J. A. FALCONI-VILLAGOMEZ.